

Antonio cargó su mosquete y esperó; sus compañeros le imitaron.

Entre una nube de polvo, haciendo un ruido semejante al de un huracán, se acercaban á escape los ginetes españoles, y el gobernador por delante animándolos con sus gritos y su ejemplo.

Antonio y los que le acompañaban apuntaron al grupo aquel; brilló un gran fogonazo, resonó la descarga, silbaron las balas, y el humo y el polvo ocultaron por algun tiempo el desenlace; pero la caballería siguió la carga, porque el polvo que levantaba avanzó un poco.

Al disiparse aquella nube se comprendió lo que habia pasado; Antonio habia derribado muerto al gobernador; muchos de los que acompañaban á este habian caído; pero los caballos ya sin jinete, siguieron su carrera é hicieron rodar entre el polvo á Brazo-de-acero y á algunos de los piratas.

Los españoles que no perecieron se reconcentraron al grueso de su fuerza, llevando la triste noticia de la muerte del gobernador.

Sin embargo, los españoles no desmayaron y continuó el combate con el mismo encarnizamiento.

Brazo-de-acero se levantó, y cerca de allí vió al caballo del gobernador que cruzaba espantado entre los piratas; salió á su encuentro, logró tomarlo de la brida, y montó sobre él con tanta ligereza y gallardía, que arrancó entre los suyos un grito de entusiasmo.

Desde aquel momento, Antonio se creyó completamente fuerte y capaz de combatir; varios piratas que lograron tomar caballos de los que vagaban sin jinete, le imitaron, y muy pronto se encontró Brazo-de-acero á la cabeza de una pequeña tropa de caballería.

Era lo que había deseado, y el problema se iba á resolver en favor de Morgan.

Antonio comenzó á escaramucear con sus ginetes, los piratas de infantería cerraron sobre sus enemigos, y bien pronto se introdujo el desórden entre los de la villa.

Morgan comprendió lo que pasaba, y caminó sobre ellos á paso veloz, entre los gritos de triunfo de los suyos.

Los españoles emprendieron su retirada, buscando el asilo del bosque; pero el bosque estaba lejos, y los piratas tenían su caballería para perseguirlos, que se aumentaba á cada momento con los caballos de los que caian muertos ó heridos.

Cuatro horas había durado la batalla, despues seguía la matanza; pocos alcanzaron á llegar á los bosques, y casi todos quedaron muertos en el campo.

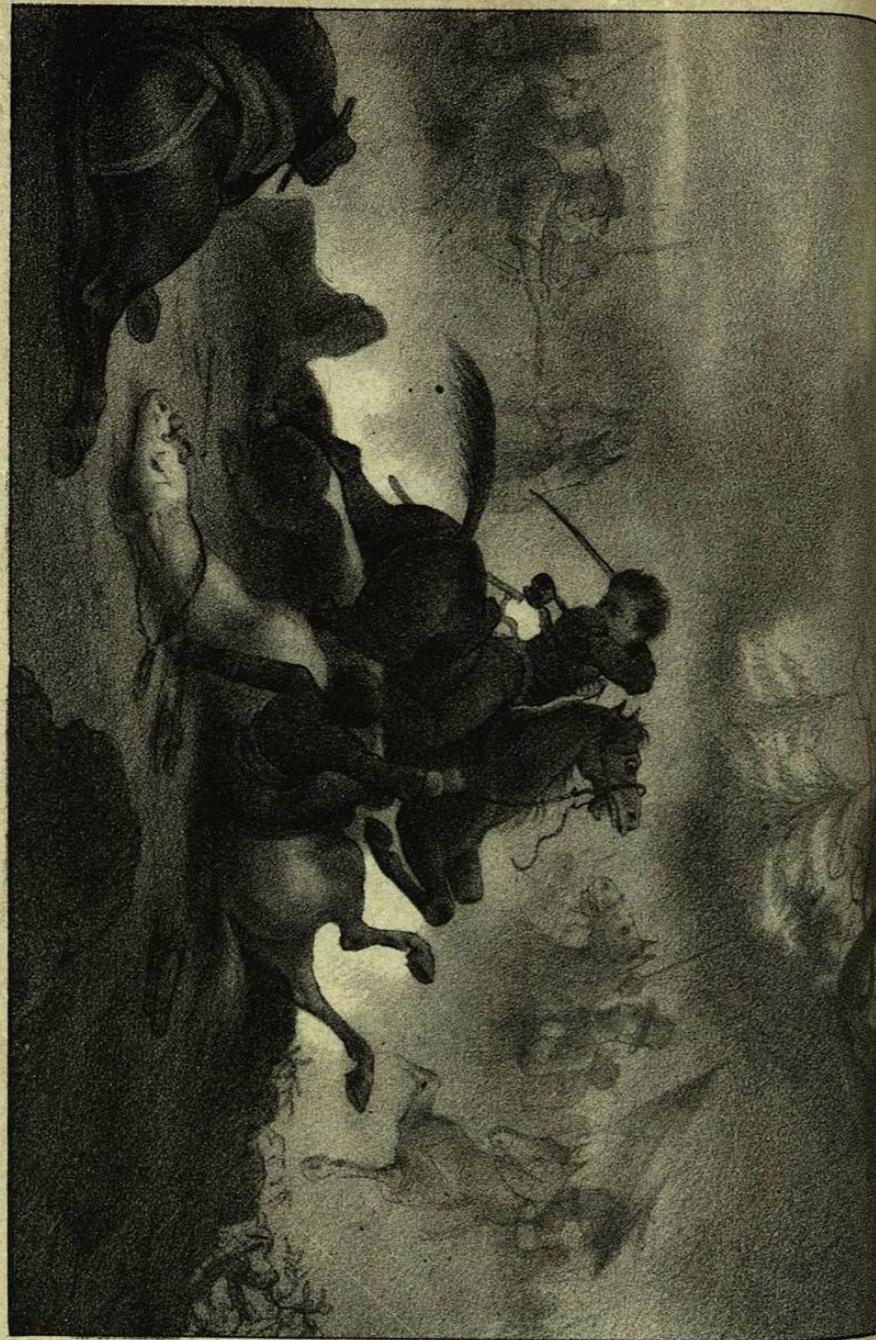
Morgan organizó su gente sin perder un instante; sus pérdidas, comparadas con las de los españoles, habían sido muy pequeñas, y dió órden para dirigirse inmediatamente sobre la villa.

La columna, compuesta ya de caballería, que iba al mando de Brazo-de-acero, y de infantería, se puso en marcha, y pocas horas despues llegaba á Puerto-Príncipe.

Allí esperaba á los piratas un nuevo combate, aunque no tan reñido como el anterior, porque antes de salir de allí el infortunado gobernador dejó la plaza guarnecida, y á pesar del mal éxito de la batalla, los defensores del lugar no quisieron rendirse sin hacer antes un último esfuerzo para salvarse de los piratas.

Rindióse la guarnicion, y algunos vecinos intentaron defenderse dentro de sus casas, pero bien pronto tuvieron que sucumbir.

Hasta aquel momento, Antonio no había conocido verda-



Antonio comenzó á escaramucear con sus ginetes...

Antonio comenzó á escaramucear con sus ginetes... Pág. 145

deramente la clase de hombres con quienes se había reunido; creía que todo lo que se decía de los piratas era una calumnia levantada por los españoles; pero nada de lo que había oído contar pudo igualarse á lo que entonces vió.

Apenas se vieron dueños de la villa, comenzaron los piratas por aprisionar á los habitantes: hombres, mujeres, niños, ancianos, esclavos, todos, sin excepcion, fueron encerrados en las iglesias, y ya las casas solas, entregáronse á su placer al pillaje.

Antonio miraba el saqueo de las habitaciones, y entrar y salir hombres cargados con los despojos de aquellos habitantes, y arreglar y disponerlo todo para el embarque.

Brazo-de-acero sintió la indignacion, y buscó al almirante para saber lo que de él se podia esperar.

Juan Morgan no tomaba parte en aquellos desórdenes, y descansaba tranquilamente en la casa que había sido del gobernador.

El almirante, al ver entrar á Brazo-de-acero, comprendió sin duda lo que había pasado en el corazón del jóven cazador; estaba solo, y no vaciló en hablarle.

—Podria apostar mi cabeza—dijo el almirante—á que adivino lo que trae tan preocupado á mi nuevo amigo.

—Dificilmente, señor, y puede ser que yo mismo no me atreva á decíroslo.

—Haríais mal, y probaríais que teneis poco conocimiento de los hombres.

—Tal vez, señor.

—Pues oidme: vos, jóven, honrado, valiente, incapaz de una mala accion y dispuesto á todo lo noble y á todo lo grande, os habeis horrorizado al ver lo que hace la gente en la villa, ¿no es verdad?

—Es cierto, señor—contestó Antonio, animado por el aire de franqueza y cordialidad de Morgan.

—Teneis razon; por eso no salgo, por eso me encierro.....

—Pero si tanto os disgusta, ¿por qué no impedirlo?

—Jóven sois, y os falta mucha experiencia todavía: ¿creeis que seria fácil impedir ese pillaje? ¿creeis que no seria yo la primera víctima si tratara de contener á los soldados? Y aun en el caso de alcanzar á reducirlos, ¿suponeis que antes de veinticuatro horas no estariamos vos y yo, si con vida, enteramente solos?

—Entonces, ¿para qué dirigís esta expedicion, sembrando por todas partes el terror, la desolacion, la muerte?

—Escuchadme, Antonio; voy á abriros mi corazón, porque vos solo sois capaz de comprenderme y de ayudarme en esta empresa. Tengo aquí, aquí—y Morgan señalaba su frente—un proyecto, un gran proyecto, que todos adivinan, por el que todos anhelan, pero que nadie, sino yo, es capaz de llevar al cabo: la independenciam de las Indias Occidentales.

—¡La independenciam!.....

—Sí; escuchadme sin interrumpir mi relacion: yo he viajado por todas esas colonias que la Europa posee en tierra firme; yo he visto la tiranía y la esclavitud dividirse á los habitantes; yo he vislumbrado para esos pueblos una era de libertad, y tengo la conviccion de que yo puedo hacer que luzca ese dia de emancipacion. ¿Cómo? mirad: hay en el Océano unas islas que son parecidas, que han brotado en medio de las ondas, ya las conoceis. Cuba, la Española, Jamaica, en fin, todas esas, cuyos habitantes y cuyas guarniciones tiemblan ahora al escuchar nuestro nombre y se estremecen al ver una vela en el horizonte; pero bien, estas islas son la llave del mar, son la muralla entre los dos mun-

dos; formar de todas ellas una sola nacion, poderosa por sus riquezas y temible por su marina, cortar la comunicacion entre Europa y sus colonias, destruir las armadas de los opresores, animar con esto á los oprimidos, y ayudarles y aconsejarles la insurreccion que sus dominadores no podrán sofocar, ¿no es esto dar la libertad á medio mundo? ¿no es esto desencadenar cien naciones? Y para esto, es preciso comenzar de alguna manera, hoy como piratas, valiéndonos de la gente perdida, de los hombres que no van mas que tras de la codicia. Es preciso hacernos grandes y respetables por el terror, ya que somos pequeños por nuestros elementos; pero mañana, mañana, yo os lo aseguro, estos navíos piratas serán ya escuadras armadas, tan moralizadas como las del mismo rey de España, y las ciudades y aldeas no temblarán de nosotros como de sus verdugos, sino que nos llamarán como á sus salvadores, y el viento agitará sobre nuestras embarcaciones una bandera nuestra, una bandera hermosa de una nacion nueva, pero libre, grande, poderosa; y los reyes tratarán de igual á igual con nosotros, y humillaremos su soberbia, y habrá un pueblo que tendrá, como Roma, un puñado de bandidos y de piratas por ascendientes, pero que conquistaron medio mundo; y hará caer de rodillas á los que antes eran los tiranos de la humanidad. ¿Me comprendéis, Antonio, me comprendéis?

—Sí, sí os comprendo, señor, y os seguiré!

—Dejad á esos miserables que hagan su botin; ellos no piensan sino en el día de hoy: reptiles que se arrastran sobre el cieno, y que no tienen para el firmamento ni una mirada; pero yo, de esa chusma, de esos hombres sin corazon y sin inteligencia, de esa plaga de la sociedad, haré salir una nacion, y los que hoy me apellidan pirata infame, mañana me bendecirán libertador, y mas tarde me alzarán mo-

numentos y me erigirán estatuas: si Dios que ve y juzga mis intenciones me presta su amparo, antes de un año el mundo sabrá lo que valgo y lo que soy capaz de hacer....

Brazo-de-acero escuchaba á Morgan con admiracion; iba á contestarle, cuando se escuchó en la calle un gran rumor: el almirante y el cazador salieron á la ventana y descubrieron á todos los ingleses que venian en la expedicion, que dando gritos de furor conducian un cadáver.

Aquella comitiva, gritando justicia unos y venganza otros, llegó con el cadáver hasta la casa del almirante.

El cadáver tenia el rostro cubierto con un paño; Morgan lo apartó, y Antonio lanzó una exclamacion de espanto.

Era el cadáver de Ricardo, del amigo de Brazo-de-acero, del que habia quedado encargado por él de proteger á Julia.